

cadencia de su título los viejos principios filosóficos que sentara Marinetti en sus primeros tiempos. Mas no es lógico pensar que el escritor modenés tomara de los futuristas esa visión. Su analogía con ellos en el sentido moral tiene un aspecto bien distinto. Ambos han tomado de la misma fuente. Esa fuente es Federico Nietzsche.

El triunfo de Guido da Verona se explica fácilmente. Es un optimista. Dentro de su paganismo soberbio que busca la belleza de todas las cosas sin preocuparse del sentido ético de ellas, dentro de su apreciación que observa con cierta amargura el ambiente en que se desarrollan sus obras, dentro de todo lo que forma su sentir filosófico, el optimismo alza su voz potente para dominar las voces desencantadas de la decadencia y mostrar al espíritu humano, no con teorías como Nietzsche, si no con ejemplos objetivos como en su Andrés Farrento, que hay en los horizontes de nuestro sentimiento veredas nuevas que conducen a conclusiones amables.

El artista, cuando lo es de veras, no es como muchos lo han pensado, un espejo fiel que copia el alma de su tiempo. Es una reacción sobre el alma de la época. El verdadero artista lleva a su obra no el modo de sentir personal, no aquello que él quisiera que fuese, sino las aspiraciones de la sociedad en un momento determinado. Nunca sonó más ronca la voz del naturalismo que en pleno hervor romántico. Nunca se escuchó más potente el grito optimista que en nuestro siglo XX nacido pesimista entre las aberraciones del Sr. de Phocas, el misticismo desorientada de D'Esseintes, y el hastío elegante de Dorian Gray. Verona, como D'Annunzio, como Maeterlinck, como Kipling, como Queiroz, como Rodó, como todos los verdaderos pensadores de nuestra época, ha tratado de reaccionar sobre el espíritu hastiado que nos legó la literatura decadente. Viendo en la humanidad de su tiempo el negro velo de su pesimismo ha querido mostrar un sentir nuevo. Para ello ha creído necesario fundar una moral.

El problema del pesimismo ofrece, como la mayoría de los problemas, un doble aspecto. Los viejos libros de medicina hablaban de la «coacción de los humores» y hacían depender de ella innumerables fenómenos de la personalidad. Tal vez de ahí dedujo Sully su idea no infundada de que el pesimismo depende exclusivamente del trabajo más o menos armónico de los órganos internos. Frente a esta concepción colócase otra más aceptable. El pesimismo es un fenómeno nervioso permanente, algo así como un hermano menor de la locura llamada «circular». Sea cual sea su ori-

gen ese estado efectivo adquiere un aspecto biológico. Podría afirmarse que hoy se nace pesimista como se nace rubio o moreno. La civilización ha traído al hombre un desequilibrio. Nuestro organismo no ha podido modificarse acorde con los cambios introducidos por el progreso. La teoría lamarkiana de que «la función hace al órgano» préstase a esta consideración. Los sistemas que forman nuestro cuerpo no han podido modificarse tan rápidamente como los medios de vida. La agitación de la existencia moderna trae en nuestro sistema una perturbación general. De ella nace una enfermedad nerviosa, el pesimismo. Para reaccionar sobre ella, para eliminarla, sólo en apariencia, puesto que en el origen no se puede modificar, hay que sugestionar al individuo. Es un sistema médico de resultados ciertos en los fenómenos nerviosos. Esa sugestión es la que persigue inconscientemente Guido da Verona. De ese convencimiento ha nacido la moral que nos anuncia.

Para Verona la base de la moral reaccionaría sobre el espíritu pesimista es el egoísmo. Un egoísmo amargo que pasa sobre todas las conveniencias ajenas, sobre todos los sentimientos personales, sobre todas las convenciones para llegar a donde se propone, es decir, a la felicidad del individuo. Alguien ha visto en ese sistema un retroceso hacia la moral de Epicuro, que Hobbes y La Matrie nos habían legado modificándolo. No hay nada de ello. Epicuro, y así lo interpretó el

claro talento comprensivo de Guyau, basó su optimismo en un egoísmo limitado. Para él el «yo» era la base de todas las concepciones, mas sin que esa preponderancia de la personalidad autorizara la desconsideración para con los demás. Más de una vez en sus obras habla el griego de la amistad y la ensalza como algo que hace bella la existencia. Verona no, se coloca frente a todo aquello que implique limitación de la personalidad del individuo. En *La vida comienza mañana* vemos a Andrés Farrento pasar sobre todos los respetos y matar friamente a su amigo, casi su hermano, porque éste se levantaba como un obstáculo entre él y la mujer a quien amaba. Y así *La mujer que inventó el amor* pasa sobre el honor de los suyos, sobre su propia honra, para llegar a donde se había propuesto en su ensueño de juvenzuela rica cuya cuna baja no la autorizaba a pasearse por los salones aristocráticos. Y así en todas sus obras, el código moral de los personajes autoriza todas las iniquidades, siempre que ellas lleven la obtención de un deseo cualquiera.

Hay naturalmente en esa creación anti-moral la segura base de un sistema optimista. Quien lograra hacer triunfar en su personalidad esos ideales egoístas conseguiría un optimismo fuerte, capaz de vibrar siempre en todas las circunstancias. Mas ¿a dónde conduce esa moral? Eso es lo que se han preguntado los críticos y lo que no ha pensado el público. El egoísmo, y así lo ha demostrado Félix le Dantec en una de sus obras más extensas y mejor pensadas, es la base de toda sociedad, ¿cabe pues suponer que el pensar y actuar egocéntrico lleve a un desquiciamiento? En la forma proclamada por Guido da Verona sí. Ciertamente que la sociedad tiene su base, y ello no es paradoja, en el egoísmo, pero en el egoísmo limitado, en aquel egoísmo de que habló Littré. El hombre busca su conveniencia, mas por propio interés respeta las ajenas conveniencias. El altruismo bien analizado es una forma de egoísmo. Se hace el bien porque se espera una recompensa más o menos lejana. Un hombre egoísta que pase despreocupadamente como pasan los héroes veronianos, por sobre las conveniencias de los demás individuos, no puede vivir en sociedad. El instinto de conservación que domina en el espíritu colectivo con tanta fuerza como en el individual, rechaza todo aquello que implique la muerte de ella, y no admitiría en su seno ese elemento perjudicial.

Guido da Verona se defendió tratando de justificarse cuando tacharon su obra de inmoral. Tenía razón. Su obra no es inmoral sino anti-moral. No ataca a la moral de hoy sino que

Te he llamado...

Te he llamado, Dios mío, inútilmente.
Si dejé que me llevara la corriente,
te he llamado, Dios mío, inútilmente.

Preferí a la cumbre el abismo inmanente
y me vine rodando por la pendiente;
me alzarás, Señor, mas Te llamé inútilmen-
[te.

Si amengué la antorcha que pusiste en mi
[frente
e inconciente soy de lo que fuí conciente,
me alumbrarás, Señor, mas Te llame inútil-
[mente.

¿Por qué hemos de pedirte lo que ya nos
[has dado?
¿Y por qué preguntarte lo que ya has con-
[testado?
¿Es que sólo podremos volver a nuestro lado?

Te ha llamado, Dios mío, inútilmente
el que te abandona y se va por la pendiente
y comprende que se apaga la antorcha de su
[frente;
pues volverá a su estado nuevamente,
nada más, inútilmente.

RAFAEL ESTRADA

Costa Rica.